

Los Libros

UN NOVELISTA CATALÁN: FRANCESC TRABAL

Sorpresa sin atenuantes y felizmente aceptada, ha sido la lectura de dos libros del escritor catalán Francesc Trabal, traducidos al castellano en nuestro país, las novelas «Judita», publicada en Santiago en 1941, y en estos días su obra máxima, por no decir la más afortunada, «Vals», realzada con el Premio Crexelles, de Cataluña, en 1936, y prodigada en cuatro ediciones.

Sorpresa, por el pulso intensamente sugestivo de una literatura hasta ayer desconocida para muchos chilenos, y por la insospechada riqueza humana e idiomática que desbordan y vuelcan los dos libros anotados, lo que nos permite inferir en la novela y demás géneros de creación emotiva—novela corta, cuento, drama y poesía—cuajados en este retazo de las Españas, una realidad de alta jerarquía artística que quisiéramos ver generosamente difundida en Chile y América como la mejor demostración de una España integral, hasta ahora constreñida en sus reductos étnicos y en su cerrilidad lingüística.

Hemos vivido atentos a la trayectoria desigual, altibaja, a veces estridente o sorda, de la moderna literatura española, desde que Baroja se erigió en tope monolítico de una generación que venía hacia el futuro con paso de corrida taurina, y con vista a un realismo que no se reñía con lo subjetivo ni con el mundo sideral de las imágenes. Aquel grupo, un poco desconcertado y desconcertante, acogido en las páginas eclécticas de la *Revista de Occidente*, que capitaneara Ortega y Gasset, nos insinuó una

España de sabor concentrado y de matices íntimos donde a menudo ardía, entre una frescura eglógica de clásico cuño, el calor místico y el atormentado temblor de una sensibilidad en penitencia, o cierta austeridad pétrea y agravitante, bebida en las sombras de El Escorial. Francisco Ayala, Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Antonio Marichalar, Rosa Chacel, etc., vertían esta nueva España que intentaba, por encima de los cercos de la nacionalidad, aun mal madurada espiritualmente, el contacto airoso con la emoción universal que ya doraba felices frutos en la Europa desenjaulada de entonces. Por esa época, Cataluña, acunada junto al mar, estaba cogida en este trance de creación sin regresiones, y tanteaba los anchos caminos que empalman con el infinito del tiempo. Josep Pla, Joan Oliver, Armand Obiols y muchos otros sumaban hacia una nueva literatura de rica substancia y aliento incontenible.

Confesamos que el nombre de Francesc Trabal nos parece de un relieve extraordinariamente firme y audaz en este grupo renovador. Aun más, en el panorama literario de las Españas, creemos que él es quien camina con paso más resuelto y seguro hacia este plano en que alternan los valores universales.

Por ello hablamos de sorpresa. Porque bien puede ser la literatura catalana la que dé el acento de la España espiritual de este tiempo. Lo poco que conocemos de su intimidad nos autoriza para pensarlo, y la potente sugestión que fluye de sus realizaciones nos hace desearlo, sin que ello suponga menoscabo para el resto del mapa literario de España, que sabemos valorar.

«Judita» nos enfrenta al problema humano, lacerante, de sentimiento amoroso en sus límites salvadores. Más allá está la carne y el vacío que la posesión va cavando a medida que el sentimiento en desventaja se recoge y mustia. Es un drama que el escritor ha llevado sin ambages ni concesiones y tal resolución infunde en el libro un patetismo, una tensión, un fuego interior que nos ha alzado en vilo delante de estas páginas donde la vida

humana quema, entre suspiros y aplastante angustia, sus fuerzas escondidas y sus ansias celestiales. El asunto mismo se nos presenta con tal novedosa desnudez, que de seguro pronto habría languidecido y muerto si no hubiese sido llevado por un temperamento de la riqueza y vigor de Trabal. La versión del sentimiento amoroso de un hombre aproximado a una mujer que ha enfermado súbitamente y a quien él debe cuidar durante noches y días, aun cuando para ella es casi un desconocido; a quien él debe mudar de ropa cada cierto tiempo; el sentimiento correspondiente en la mujer a través de la fiebre y de la lucidez y la candente aproximación, no de los cuerpos, sino de las almas; todo esto conduce a tal cima de emociones, que nuestro espíritu se vuelca en el drama, poseído de vértigo. Esta tensión afloja con la caída y aquí empieza el drama de la nada. La mujer cambia—ella adivinaba el descenso y por eso su alma, la mínima porción inmortal de su alma intentó evitar la caída—; la mujer muestra repliegues desagradables, plebeyos. Para el hombre ella se relaja, se fragmenta. Diríase que impulsos astrales han contribuido a destruir la armonía. ¿Qué móviles, si no, han podido hacer de la mujer una mala y sucia bestezuela? Estos mismos flúidos malignos triunfan definitivamente, sobre la gracia de la vida. El humor del novelista interviene aquí y da un final clarividente a esta madeja de ternura sensual y de amargura. La mujer estalla en el aire como un globo...

En «Judita», Trabal ha movido un realismo violento que luego deriva hacia zonas surrealistas de influjos mágicos y astrales que la vanidad humana envuelve y colorea con imágenes sorprendidas del más puro humorismo.

«Vals», su novela más densa, empieza moviendo su *carrousel* de vidas juveniles en un ambiente saturado, deslumbrante, caótico, cuyo eje es un muchacho predestinado, Zeni, personaje que recoge y guarda para el futuro las violentas y sutiles fuerzas que la vida le envía de todos lados. Este tumulto de cuadros iniciales, de escenas fugaces, de instantáneas, va urdiendo en el

joven una realidad de trastienda, realidad atisbante hasta el minuto de su desplazamiento hacia el primer plano de su ser. El y la vida pactan una armonía de vals, leve, amable, musical y el amor juega dentro de este ritmo puramente sensible en el corazón y los nervios, sujeto a un equilibrio que podríamos llamar social, que inhibe el choque fatal de los sesos, y aun el desborde imaginativo. El joven ve moverse a su alrededor el enjambre de mujeres amorosas que juegan embelesadas en estas ondas musicales de la vida, la ternura, el beso, el abrazo interminable, y él es feliz, halagado por la gracia femenina y por una educación blanda en que el capricho y la ocurrencia superficial mueven los acontecimientos. Sus padres están orgullosos y piensan que Zeni llegará lejos cuando arroje su ancla en lo profundo de la vida. Hasta aquí el libro tiene la inquietante seducción de las sucesivas coyunturas emotivas. Una, otra mujer, y entre ellas se respira ansiosamente la atmósfera del camino ascendente hacia lo definitivo, hacia el reposo de una existencia lograda. Surge la mujer que hace conocer a Zeni la amargura de la separación, y este muchacho que ante las otras quemó ligeramente su alma y sus sentidos, ve desmoronarse su vida interior dejando el instinto al desnudo, lo que aprovecha otra. Una sexualidad desenfrenada lo empuja de caída en caída, ajeno a toda moral, a todo sentimiento y en este delirio lo sorprende la muerte de Raya, la amada que pudo salvarlo y que se alejó de él valerosamente. El novelista no pierde de vista el conjunto, este concierto de la vida que en la apariencia no pasa del vals múltiple con sus «solos» de angustia y de muerte. He aquí un momento—la muerte de Raya—, concertado en un tiempo no bailable: «La orquesta se detuvo súbitamente. Y sólo un violín, un violín acercándose con el arco enlutado, llegó junto a Zeni, casi tocándole, agigantándose cada vez más mientras Zeni se hacía más y más pequeño. Como un grito, como un chillido—Zeni recibió el ataque sin poder defenderse,— el tzigán hirió el violín y el vals se manchó de sangre».

Aparte su belleza, «Vals» es un excelente estudio de ambiente juvenil y del misterio de la adolescencia en combustión, con sus debilidades, torpezas, peligros e infinitos cambiantes, en un mundo donde el amor anima todos los pensamientos. Trabal ha hecho del amor sexual el primer personaje de sus libros y los demás elementos aparecen en estratos profundos subordinados al demonio del erotismo esencial que deja su aliento aun en los más débiles o lejanos accesorios del libro.

Los episodios caminan con agilidad, surgidos de un mundo añebrado, con interpolaciones, vacíos, apariciones sorprendidas, henchidos de ansias, de dolor, de ardiente inquietud. El estilo es asimismo ágil, sugerente, sumario por momentos, evitando la forma explicativa vulgar, el lento período. Las páginas dejan mucho a la agilidad mental del lector y la escena cambia tanto a veces, así como los tipos que al comienzo del libro se siente impresión de mareo de escaldante oscuridad. Quién sabe si en las primeras cincuenta páginas el autor abusó de este tipo de exposición. Más adelante, la novela nos entrega esa claridad que anhelábamos.

¿Que Trabal recuerda, según algunos comentadores, a los modernos novelistas ingleses o americanos? ¿Por qué no pensar, también, en el pintor Djanéyev de Arzibachef, o en algunos inquietantes personajes de Boris Pilniak?

Trabal ha logrado volcar en sus libros un temperamento sin blanduras y sus prosa tiene un acento personal que no se debilita aun en los matices de tercer plano.

Para cerrar este esbozo diremos que Trabal nació en Sabadell, suburbio de Barcelona, el año 1899.—LAUTARO YANKAS.



«ORO DEL INCA», de *Luis Toro Ramallo*. (Editorial Orbe)

«En una quiebra andina, entre peñascos, se agazapa Quila-Quila, pequeña aldea extraviada en el gigantesco laberinto de